

La existencia religiosa

Sus componentes básicos*

Isidro Muñoz Triguero

El objetivo de estas breves notas esquemáticas es trazar una visión de conjunto del hombre religioso y de la esencia de la religiosidad.

Ofrezco primero una presentación de *los niveles de la experiencia de la interioridad religiosa —vida, espíritu, misterio inefable—* en versión libre y moderna de las hipótesis plotinianas: alma, inteligencia, uno-bien (nn. 1, 2, 3). Sigue después una visión de *las unidades sintéticas reales*, desde las cuales puede hablarse de sujeto religioso: *la persona, el cosmos* (por extensión), *la comunidad* (nn. 4, 5, 6). Estas dos presentaciones del hombre religioso nos permitirán acercarnos a *la determinación de la esencia de la religiosidad* (nn. 7, 8, 9), para ver cómo es una esencia que sobrepasa toda esencia o estructura (n. 10), en tanto que núcleo dinámico (n. 11) previo a toda diferenciación de momentos estructurales.

I. Niveles de experiencia de la interioridad religiosa

1.- La religiosidad en la vida: riqueza de sentido

Al describir estos niveles que llamamos vida, espíritu, fondo inefable, lo hacemos desde la concreción de la persona¹. No tratamos la vida como un plano abstracto, sino como *el yo viviente*.

La vida es el yo entero, pero desde la vertiente de su desarrollo biológico, desarrollo que afecta a toda la persona. Sus factores son múltiples: lo biológi-

* Texto inédito tomado de uno de los cursos de Filosofía de la Religión de Isidro Muñoz Triguero.

¹ Podríamos hacerlo desde concreciones más amplias, como la de la comunidad, o indirectamente- la del mundo. En cierto modo estas concreciones van ya implicadas en la de la persona. Se hace referencia a la persona solamente, por brevedad y comodidad.

co, lo anímico corporal, el arraigo en la tierra y el clima, en la familia y la raza; el torrente de la vida que sube con fuerza en la juventud y se escapa a chorros desde la edad madura; la tonalidad sexual y la fecundidad creadora, personalizada en el amor; la alegría del vivir, la fatiga y el descanso, el sueño y la vigilia; el dolor y la muerte; la sensibilidad en función orgánica, que hace sentir el gusto de la vida: es un ritmo alternante de impulso y cesación, de nutrición y desnutrición, ascenso y bajada, guerra y paz. Frente al espíritu que quiere afirmarse y dominar absolutamente, la vida y la vitalidad escapan a su control y cálculo como un don gratuito, como un brote espontáneo, como recuperación a espaldas de la conciencia, en el sueño, o como pérdida incontrastable. La vida es *recibir y dar* lo que se tiene y mientras se tiene: es *el yo receptivo que tiende a darse*.

La religión no es una actividad del espíritu tan cortada de la vida como pueden llegar a serlo la especulación científica o la misma conciencia ética. La religión desciende más a todas las zonas vitales: el juego de *receptividad-donación* se hace personal, se expresa en la ofrenda religiosa de todo el ser. Desde esta relación básica, toda la «experiencia vital» adquiere densidad religiosa, riqueza de sentido y da valor: la transfiguración, la divinización de la vida en sus más altas fuerzas, y su elevación simbólica: comida sagrada, esponales divinos. En el Cristianismo, más que la transfiguración, tiene fuerza la valoración de la vida en sus más oscuras y monótonas manifestaciones: sentido teológico de los años oscuros de Jesús..., fecundidad del dolor, no por ser dolor, sino a pesar de ser un mal... Es una valoración por dentro, sin anular la vida misma: pobre o fecunda, la vida vale por sí misma y queda afirmada en su densidad, al ser divinizada. Queda llena de sentido: el que ya tenía —realizado— y el alcance divino que ahora trae consigo.

2. La religiosidad desde el espíritu: actos radicados en el Infinito

Desde el espíritu, la persona se afirma en *actos de intencionalidad absoluta*: afirma o niega con intención inmutable: si es, no puede no ser. Decide y ama más allá de la muerte. Aquí el valor religioso no se da por participación recepción, como en la vida, sino como lugar propio. El hombre afirma y decide con valor religioso, último, independientemente todavía de cuál sea la Realidad que venga a ponerse como Fuente Absoluta.

3. La abertura al Misterio mismo Inefable.

Puesto que el hombre afirma y decide con valor absoluto, pero él mismo no es Absoluto, no es Plenitud Infinita, sus actos le abren a ese Misterio del Absoluto Pleno, pero no se lo descubren abiertamente. Es abertura, es rastro de Absoluto que anida en nuestros actos, pero que se hace fondo inefable y

llamada a un más allá. Es una chispa que nos sobrecoge, como signo de un foco que sería cegador. Es el atisbo de una Fuente que hace ser y «deja ser», como Libertad plena y fuente de libertad. Es una transposición o transporte repentino interior a lo totalmente Otro, pero que puede hablarnos. Es gozo ante la simple posibilidad de que Dios sea, lo cual es ya admitirlo: tales son algunas de las expresiones que sugieren en nuestra experiencia la presencia del Misterio.

II. Las unidades sintéticas reales

4. La religiosidad y la PERSONA: libertad plena

En la unidad de la persona se cruzan y aúnan los niveles anteriores de la experiencia. La persona es ser en-donación-y-aceptación (=vida), desde unas decisiones últimas del *espíritu*. Es abrirse y admitir el *Misterio*, como Plenitud. El aceptar que sea, es automáticamente abrir un espacio de libertad plena para la misma persona, pues es romper la limitación obligada con que el Absoluto puede afirmarse en nuestros actos.

No es ésta una libertad de evasión, que nos saque de nosotros —alienación religiosa—. Salir a la Trascendencia del Misterio es sentir la plenitud de la libertad como interior a nosotros, como confluencia de vida y espíritu, como reconciliación entre las aspiraciones absolutas del espíritu (vgr. ansia de inmortalidad) y la ruptura que en ellas introduce la vitalidad mortal en que nos movemos: la vida queda absolutizada desde la liberación o salvación religiosa que aporta la abertura a Dios, y el espíritu a su vez acepta el juego de la vida que lo enriquece. Así es cómo la persona, por esa libertad total —aunque sea todavía en esperanza— llega a alcanzar su posibilidad última: *ser que se acepta y se da absolutamente y en plena libertad*.

5. La religiosidad desde el cosmos: prestar voz y vida a un mundo de alma adormecida

La libertad religiosa se hace extensa y universal desde el interior de la persona: el mundo es juego libre de creación: llamada de Dios a ser y respuesta de alabanza de todas las criaturas: el hombre se siente resonador explícito de la voz callada de las cosas.

6. La religiosidad y la comunidad: amistad universal, sin la limitación de la díada bipersonal

La religiosidad hace real y viva una aspiración que resulta utópica desde las relaciones humanas corrientes: la experiencia de comunidad interperso-

nal, en un grupo superior a la díada bipersonal, sin mediar vínculos naturales de familia. La comunión intensa, viva, desde un amor *radicado en la vitalidad* de la simpatía y el afecto, es binario; y mucho más si es desde la complementariedad sexual, pues entonces se hace cerrado y exclusivo.

Desde el espíritu, en una comunicación de valores intelectuales, artísticos, morales, es posible una comunidad abierta entre muchos, pero es una comunión en el espíritu que sólo derivadamente puede irse haciendo comunión vital de simpatía y amistad.

La comunión religiosa es también desde el espíritu, pero con más fuerza de participación en la vida, según vimos, y con un apoyo de comunión creadora, desde la abertura al Misterio del «Envolvente». A nivel de colectividades, la religión ha sido un elemento de primer orden, como fuerza de cohesión histórica. A nivel de comunidades y pequeños grupos, la fuerza religiosa hace milagros de convivencia y compenetración interpersonal, potenciando el afecto y la abertura, venciendo obstáculos y exclusivismos de la sensibilidad y las emociones.

Este valor comunitario de la religión se da como fuerza de creación y renovación de comunidades vivas, y como fuerza —derivadamente— de institucionalización. Por ser un don gratuito, entregado a una comunidad (tradicito), la fidelidad a esta «tradicito» explica en las religiones la permanencia de las instituciones que la salvaguardan. Las instituciones religiosas ofrecen a la historia universal los ejemplos de perduración institucional más larga.

III. Determinación de la esencia de la religiosidad

Esta visión del hombre religioso, que precede, en sus planos experienciales (nn. 1-3) y en sus concreciones reales (nn. 4-6), invitan ahora a la concentración: ¿de dónde arranca ese haz de fuentes que hacen de la vida y del espíritu, de la persona y de la comunidad pura vibración y tensión creadoras?, ¿qué es eso que llamamos religiosidad?

7. La religiosidad brota de lo sagrado (objeto), de Dios

Hemos estudiado por separado lo sagrado (objeto) y la religiosidad (sujeto). Y sin embargo, forman una unidad indisoluble. Podemos llegar a lo sagrado sólo en la medida en que nos abre a él la experiencia y lo que de ella podemos deducir. La experiencia, a su vez, brota tan sólo, y se nutre de la irrupción sobrecogedora y seductora de lo sagrado. La historia religiosa es la historia de las intervenciones providenciales de Dios en la vida de los hombres, conjugadas con las respuestas humanas. La aceptación y el rechazo son *el eco humano ante la llamada de Dios. A este eco lo llamamos religiosidad*. Por brotar de lo sagrado y haber de definirse en relación con él, podemos considerar esta vinculación con lo sacro desde el doble nivel que descubría-

mos en éste: lo sagrado en sentido fuerte y en sentido débil. A estos aspectos van dedicados los números que siguen (8 y 9).

8. ¿Una religiosidad sin Dios?

Al no ser la religiosidad más que el eco en nosotros de la llamada divina, afirmamos que el eco presupone la voz, la religiosidad presupone el misterio sagrado que llamamos Dios.

No obstante, *lo sagrado tiene dos dimensiones*, como vimos: *lo sagrado en nosotros*, la voz como recibida —por continuar la metáfora anterior—, que remite a *lo sagrado en sí Trascendente*, a la emisión de la voz por «El que llama».

El ateísmo rechaza la trascendencia —con más o menos lógica—, la Palabra eterna, pero no puede rechazar el hecho de la presencia sagrada en nosotros, en términos más o menos desacralizados de «ultimidad», «compromiso», «ideales y valores», «libertad total», etc.. El rechazo mismo de Dios, para afirmar al hombre, es religioso. *El valor sagrado* —en sentido débil— como presencia universal —trascendental— en todos los seres, patente especialmente en los valores más altos, *es correlativo indisociable de la religiosidad humana, como «apertura a lo último»*, como decisiones últimas de la vida. Hay que ayudar a toda persona para que descubra esta dirección última. Desde aquí, en un paso más, hay que ayudar a ver cómo esta actitud última, que da sentido a la vida, sería sin-sentido, de no existir Dios. Es posible una religiosidad sin Dios, pero para ser coherente hasta lo último, ha de dejar de darse esa zona de ultimidad y religiosidad en el hombre —lo cual es imposible— o ha de aceptarse a Dios.

9. La esencia de la religiosidad.

En la búsqueda de lo sagrado, —su esencia y su realidad— que trasparece en toda la creación, veíamos que no se puede descansar hasta darle figura, aunque sea el rostro sin rostro del Misterio de Dios. De igual modo, al determinar *la religiosidad como «apertura a lo último»*, no podemos descansar en su determinación esencial hasta que esa relación de apertura la fijemos como relación con lo último del Misterio de Dios. Es decir, la religiosidad ha de definirse por relación a su objeto último, y de aquí debe partir todo intento de definición.

Para conseguir determinar este objeto pueden seguirse *dos caminos*: uno más experiencial, más propiamente fenomenológico: observando con detención las experiencias, descubrir con mirada certera lo peculiar que las define. Supone finura y agudeza de observación; pueden darse apreciaciones divergentes y, a la vista de ellas, nuevos intentos de acercamiento más aquilatado.

Otro camino posible es más bien lógico y deductivo (aunque puede veri-

ficarse también fenomenológicamente): fijados los rasgos o caracteres más definitivos de la realidad última sagrada, ver que esos mismos rasgos tienen que ser correlativamente los que definen la religiosidad, pues ésta se mide o se especifica por su relación al Misterio último.

Tratemos de verificar este segundo camino: determinamos como notas más definitorias del Misterio de Dios estas tres:

1.- unidad personal, 2.- expresión dialéctica de su ser y sus perfecciones, 3.- carácter misterioso —teología negativa— como última determinación de su Plenitud desbordante. En estas tres mismas líneas de caracterización encontramos también las últimas y más características determinaciones de la religiosidad:

1.- *La apertura personal a lo sagrado*: La persona entera se siente tocada y llamada por su nombre. La relación religiosa es personal y personificadora. Conmoción total, respuesta total, ante el Tú eterno. La persona en su ser entero — no sólo en su experiencia vivida desde el espíritu, la Vida, la Trascendencia —nn. 1, 2, 3— se siente a sí misma como creación y regalo de Dios, como un don recibido, que le devolvemos todo entero.

2.- *Respuesta dialéctica*: La relación religiosa es movimiento de aceptación y entrega, de adoración y amor, de negación y plenitud.

3.- *Negación y plenitud de Libertad*: En Dios la Teología negativa nos dice lo último de su plenitud misteriosa. Es negación positiva, no aniquiladora. La negación viene dada por lo estrecho de nuestros límites, que es preciso negar para llegar a su plenitud. *De parte nuestra*, esa negación es lo último que podemos hacer. La actitud religiosa, en su última y más definitiva caracterización, puede determinarse a la vez como

- *lo último que corresponde hacer de parte nuestra*, en nuestro abrirnos a Dios (relatio ad Deum), es *la negación* («quien quiera salvar su vida la perderá»).

- *lo último que encontramos en esa última negación —como regalo de Dios— es la Liberación plena* (o salvación), el Bien sin límites.

10. Más allá de toda esencia y de toda estructura.

Han quedado fijadas unas pocas notas como características de la religiosidad; podría sugerirse esta agrupación de notas que se trata de una estructura como «unidad orgánica de varios momentos o componentes», de una serie de elementos conjugados. Y no es que no existan esos elementos y su conjugación —acabamos de verlo—, pero lo característico de la religiosidad no está en esa serie y en la configuración o arquitectura que adopte, sino *en la concentración*, en la búsqueda de la unidad íntima que, al mismo tiempo que todo lo abarca, lo hace *en simplicidad acabada*. Lo decisivo en la religiosidad es *el «centro» simple*, previo a toda bifurcación o irradiación: un centro que,

por ser previo, superior a nosotros, nos lleva a esa región de lo imprevisible, lo desconcertante, lo sobrecogedor, porque la iniciativa y el arranque en religión viene en nosotros de más allá de nosotros.

11. La síntesis dinámica de objeto y sujeto religiosos.

Este carácter de concentración y simplicidad de la religiosidad nos hace ver que la relación objeto-sujeto en religión *no es —valga la paradoja— la relación objetiva*, e.d. no es una relación que enfrenta (ob-jicere, ob-jectum) dos términos; *es más bien una relación superobjetiva*.

Objeto y sujeto, hombre y Dios no se encuentran así enfrentados, pues Dios no es un objeto que podamos determinar frente a nosotros: nos sentimos «envueltos», acogidos, sorprendidos, conmovidos en todo nuestro ser, por una presencia que nos penetra y, por ello, nos sobrepasa infinitamente, sin que podamos objetivarla y representarla, si no es muy inadecuadamente: ante ella, dentro de ella, nos sentimos receptivos y a la vez dueños y concentrados en nosotros para darnos creativamente.

Este es el «*hecho religioso*» en su unidad: es «acontecimiento», acto vivo de Dios y del hombre a la vez: resonancia de Dios en el hombre, de lo eterno en el tiempo, del Inmutable en lo cambiante. El acto religioso en su unidad sintética, así vista, es fundación de historia, instauración del acontecer mismo originario (Heidegger).